

EL ALICANTINO

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

DIARIO CATÓLICO.

TELÉFONO NÚMERO 102.

En la Redacción, Angeles, 4, pral. izquierda, y en la imprenta de este periódico, Progreso, 5. Anuncios á precios convencionales.

En Alicante, un mes 150 pesetas.
En los demás puntos de España, 3 meses 5'00
Extranjero, 6 meses 12'00

LOS MILAGROS.

Cavila.—Sr. Prudencio.
Prudencio.—¿Qué dices, Cavila?
Cavila.—¿Qué me cuenta usted de unos milagros que dicen que ha habido en Madrid y en Avila, y no sé si también en Valencia?
Prudencio.—Nada.
Cavila.—¿Que no ha oído usted hablar de ellos?
Prudencio.—He visto que en varios periódicos se han ocupado con ellos, unos refiriéndoles como cosa cierta y otros impugnando es.
Cavila.—¿Y á usted que le parece?
Prudencio.—Yo ni afirmo ni niego.
Cavila.—¿Pero usted cree posibles los milagros?
Prudencio.—¿Pues no los he de creer posibles?
Cavila.—Pues hay muchos que los niegan.
Prudencio.—No será ninguno que tenga dos dedos de frente.
Cavila.—Son hombres que saben mucho.
Prudencio.—Si saben mucho y niegan la posibilidad de los milagros, la negarán por sistema; porque son impíos, y quieren justificar de alguna manera su impiedad.
Cavila.—No señor: la niegan con razones.
Prudencio.—No hay razones para negar la posibilidad de los milagros: al contrario la razón natural y el sentido común persuaden á todo el que discurre de buena fé de que los milagros son posibles.
Cavila.—¿A verlo?
Prudencio.—A verlo vamos. Los que niegan la posibilidad de los milagros, ó creen en Dios ó no creen. Si no creen en Dios, la razón natural y el sentido común está contra ellos: porque la razón natural y el sentido común proclaman la existencia de Dios, y nadie ha probado ni probará que Dios no exista.
Cavila.—Pues claro que creen en Dios.
Prudencio.—Pues si creen en Dios, tienen que conceder que Dios es infinitamente sabio, infinitamente poderoso, infinitamente superior á todas las criaturas. *Criador*, autor, padre, amo, dueño, *Soberano* de todas ellas.
Cavila.—Todo eso lo conceden.
Prudencio.—Pues entonces tienen que conceder que Dios pueda hacer todo lo que le dé la gana de todas sus criaturas.
Cavila.—Eso es lo que niegan.
Prudencio.—¡Hombre! ¿Con que Dios, que pudo crear á sus criaturas no puede destruirlas, no puede hacer de ellas lo que le dé la gana?
Cavila.—Dicen que una vez que Dios ha dado sus leyes á la Naturaleza, no puede variar las.
Prudencio.—¿Y esto lo dicen hombres que saben mucho?
Cavila.—Sí señor.
Prudencio.—¿De modo que Dios hizo la Naturaleza, la dió sus leyes y Él se quedó sujeto á estas mismas leyes, esto es, se hizo inferior á la misma Naturaleza que Él por sola su voluntad y por solo su poder había creado?

Cavila.—Así parece.
Prudencio.—Entonces es un Dios tonto.
Cavila.—¿Cómo?
Prudencio.—¿Pues á quién se le ocurre hacer á una criatura suya superior á Él mismo? ¿Concibes tú que un rey diera tal autoridad á sus ministros que quedara él mismo sujeto á ellos? Esto sería hacerlos reyes y convertirse él en súbdito. Si, pues, Dios ha hecho las leyes de la Naturaleza de tal manera invariables que Él mismo ha quedado sujeto á ellas, se ha hecho inferior á la Naturaleza, ha dejado de ser Dios, y por consiguiente no hay Dios. Le hay según proclama la razón y el sentido común y según confiesan los mismos que niegan los milagros, luego es superior á la Naturaleza: luego puede cambiar sus leyes, puede suspenderlas, puede modificarlas.
Cavila.—Pero si una vez ha querido Dios que las leyes que ha dado á la Naturaleza no varíen nunca, no podrá querer lo contrario; porque Dios no puede querer hoy una cosa y mañana otra, como los hombres.
Prudencio.—¿Y quién te ha contado á ti eso? ¿Quién te ha dicho que Dios ha querido una vez que las leyes que ha dado á la Naturaleza no varíen nunca? ¿Quién te ha dicho que las leyes de la Naturaleza son invariables?
Cavila.—A la vista está.
Prudencio.—¿Si? ¿Pues qué son los adelantos de las ciencias, tan ponderados por los que niegan los milagros, sino *variaciones* de esas leyes *invariables* que están á la vista? ¿A que ahora voy á ser yo el retrógrado, el oscurantista, quién va á tener que proclamar la ilustración del siglo contra los racionalistas?
Cavila.—Es que... es que...
Prudencio.—Es que no sabes en la que te has metido. Es que los racionalistas tienen la pretensión de saber más que Dios. Cuando ellos arrancan un secreto á la Naturaleza les ciega de tal manera la soberbia, que no piensan que aquel secreto existía antes de que ellos le conocieran, y que si antes no le han descubierto no se lo ha impedido otra cosa que su ignorancia. De modo que en lugar de exclamar cuando le descubren: *¡Bruto de mí que no lo hubiera yo descubierto!* antes dicen: *Soy un sabio: que no me hablen ya de milagros: esos milagros los hago yo.* Así se proclama cada uno un Dios; y como no son los descubrimientos de estos señores los primeros que se han hecho ni tampoco serán los últimos, vete contando dioses, y niega por lo tanto la existencia de Dios, que es la consecuencia lógica de la negación de la posibilidad de los milagros. De modo que siempre venimos á parar á lo mismo: ó no hay Dios ó son posibles los milagros. Que hay Dios lo dicen la razón natural y el sentido común, y lo confiesan esos mismos que niegan los milagros, luego son posibles los milagros.
Cavila.—¿De modo que no son invariables las leyes de la Naturaleza?
Prudencio.—Ya lo ves. Los adelantos de las ciencias que no son otra cosa que variaciones del modo de ser de las cosas. Ahora bien: ¿negaremos á Dios, *Señor de las ciencias*, lo que no negamos á las ciencias? Esto sería irracional, y no

lo pretenderán los partidarios de la razón, á no ser que nieguen á Dios.
Cavila.—¿Luego los adelantos de las ciencias son milagros?
Prudencio.—No. Los adelantos de las ciencias sirven para probar que los milagros son posibles; pero ellos no son milagros.
Cavila.—¿Pues qué son milagros?
Prudencio.—Milagro es un acontecimiento superior á las leyes de la Naturaleza, contrario á ellas; ó si quieres, una suspensión de las leyes de la naturaleza; superioridad, contradicción ó suspensión que nunca han de poder obtenerse por medios naturales. Ejemplos: si arrimas una estopa al fuego, arderá sin remedio; si sumerges una esponja en el agua, se empapará; si una enfermedad llega á un período determinado, infaliblemente causará la muerte del individuo. Pero sucede todo lo contrario: introduces la estopa ú otro combustible en una gran hoguera, y sale de ella intacto; arrojas á un lago una esponja ú otro cuerpo poroso y le extraes seco; llega una enfermedad al punto en que, según todas las leyes de la ciencia médica, ha de causar indefectiblemente la muerte del enfermo; y el enfermo, en el punto mismo en que había de morir, sana de repente y échase á la calle como si nada hubiera tenido. Estos son los milagros, y estos nadie los puede hacer sino Dios.
Cavila.—¿Pues no se han descubierto ahora remedios para curar la rabia, la tisis y otras enfermedades que antes se tenían por incurables?
Prudencio.—Dicen que sí, y no seré yo quien niegue un aplauso á los médicos, si son ciertos esos descubrimientos. Pero el milagro no consiste en curar las enfermedades, sino en curarlas de repente, sin medicinas, y sin que el enfermo tenga que pasar por larga ni corta convalecencia, sin que desde el momento de quedar sano tenga ya necesidad de más cuidados.
Cavila.—¿Pero son posibles esos milagros?
Prudencio.—Esto es volver á empezar, Cavila; y para que no vuelvas á hacerme esta pregunta te contestaré no ya con razones que cualquier sofista puede embrollar, sino con hechos que nadie puede negar. Si ha habido milagros, son posibles: ¿te convences este argumento?
Cavila.—Lo que tiene usted que probarme es que los ha habido.
Prudencio.—Te lo probaré de manera que no te quede la menor duda.
Cavila.—Ya sabe usted que á mi los argumentos que más me convencen son los de la historia.
Prudencio.—Pues te aseguro que has de quedar completamente satisfecho. No ha habido historiador más escrupuloso ni que haya ido más allá en sus investigaciones, hasta el punto de haber hecho una revolución completa en la ciencia histórica, que el célebre Niebuhr (1).
Cavila.—¿Y qué dice ese señor.
Prudencio.—Después de haber examinado de-

tenidamente los milagros referidos en el Evangelio y en los *Hechos de los Apóstoles*; después de haber pesado en la balanza de la crítica más escrupulosa todas sus circunstancias de lugar, tiempo y personas que lo presenciaron; después de haber estudiado palabra por palabra los argumentos que contra los milagros oponían los enemigos de Jesús y de sus discípulos, dice: *Soy de parecer que ES NECESARIO CREER en el gran principio de los milagros ó venir á parar á la conclusión ABSURDA, si no INCONCEBIBLE, de que el Cristo era un bribón, y sus discípulos unos mentecatos ó unos impostores.* ¿Supongo que lo entenderás?
Cavila.—Sí señor, si lo entiendo.
Prudencio.—Pues te lo voy á poner más claro todavía. Ó Jesucristo era un bribón y sus discípulos unos mentecatos ó unos impostores, ó es necesario creer en los milagros: lo primero es ABSURDO si no INCONCEBIBLE, luego es NECESARIO CREER EN LOS MILAGROS.
Cavila.—Y dice usted que ese señor había estudiado con mucha detención los milagros de Jesucristo y de los apóstoles?
Prudencio.—Sí.
Cavila.—¿De modo que no puede dudarse de esos milagros?
Prudencio.—¿Castigar á quien les negase, dice el gran sofista y padre de todos los incrédulos, Juan Jacobo Rousseau, sería hacerle demasiado honor: bastaría encerrarle. (1)
Cavila.—¿De modo que esos milagros son hechos tan ciertos como todos los demás hechos que registra la historia?
Prudencio.—Y más: *“El Evangelio encierra caracteres de verdad tan grandes tan luminosos, tan perfectamente inimitables, dice el mismo filósofo, que su inventor sería más admirable que su héroe.”* Y añade: *“Si la vida y muerte de Sócrates son de un sabio, la vida y muerte de Jesús son de un Dios.”* (2)
Cavila.—¿Y al testimonio de Niebuhr y de Rousseau no se puede oponer el testimonio de otros?
Prudencio.—Al que pretenda que le creas á él y no creas á Niebuhr y á Rousseau, tienes derecho á exigirle que te demuestre que es mejor historiador que el primero y más filósofo que el segundo, y á decirle: no basta que niegue usted los milagros ó se burle de ellos con una sonrisa ó una frase más ó menos aguda. Puesto que hay razones para creer en ellos, destruya usted estas razones: puesto que se trata de hechos acreditados por la historia y examinados por la filosofía no solo imparcial sino enemiga de Jesucristo, ó hemos de creer esos hechos, ó hemos de negar todos los que nos cuenta la historia, ó hemos de respetar la opinión de los sabios que han juzgado esos hechos, ó hemos de despreciar todas las opiniones de todos los sabios, salvo que usted sea más sabio que todos los nacidos; pero como usted mismo respeta á los sabios, se adhiere á sus opiniones y cree los hechos que acredita la historia, no tiene usted

(1) Véase la Revista británica del mes de Diciembre de 1840.

(2) Cartas de la montaña, p. 104.
(2) Emilio, lib. IV.

fueron que se llamaba Fabian, y que la mujer asesinada era su madre.
Pasáronse dos años, durante los cuales el buque francés no pudo abordar á España. El afecto del marinero que había recogido al joven Fabian de Mediana no se desmintió un solo instante, y no hizo más que crecer. Aquel hombre de una talla colosal y de un vigor hercúleo era canadiés, y se llamaba Bois-Rosé, como acaba de nombrarsele.
Era un singular espectáculo el de los cuidados casi maternales que el gigante prodigaba á aquel niño, y el de las mañas incessantes con ayuda de las cuales se procuraba siempre un suplemento de raciones para su hijo adoptivo. El marinero había llegado á formarse por sí propio sobre aquella débil criatura mil sueños de dicha que sus partes en las presas podían permitirle realizar un día.
Desgraciadamente el honrado marinero hacía caso omiso en sus cálculos de los peligrosos azares de la vida marítima. Una mañana, el crucero francés se vió obligado á huir delante de un bergantín inglés de fuerza doble de la suya, y aunque era muy velero, no pudo huir de este enemigo, ni rehusar el combate.
Los dos buques se cañoneaban con encarnizamiento hacia ya varias horas, cuando el marinero, enardecido por la pólvora, descendió al fondo de la bodega donde había puesto á su niño en seguri-

muerto si algunos ligeros estremecimientos no hubieran probado que aún quedaba en él un resto de vida.
—¿Qué diablos nos traes ahí, Bois-Rosé? le preguntó el oficial de guardia.
—Con vuestro permiso, teniente; es un niño á quien he encontrado medio muerto de hambre y frío en un bote que se iba á la deriva. Una mujer muerta y bañada en su sangre le tenía entre sus brazos, y he pasado todas las penas del mundo para sacarle de la embarcación en que se hallaba, y á la que los españoles apuntaban con preferencia, creyendo que era una de las nuestras. He reparado sobre todo en un diablo de carabinero (diremos al lector que se trataba de Pepe el Dormilón) que, mientras trasladábamos los viveres me apuntaba con tanta tenacidad como torpeza. Hubiera podido por lo demás hacerle callar para siempre si no lo hubieran impedido los cuidados que me daba esta débil criatura... Pero si alguna vez vuelvo á encontrarle... Basta.
—¿Y qué pensais hacer con ese niño? preguntó el oficial movido por la compasión.
—Encargarme de él ¡vive el cielo! hasta el día en que la paz me permita volver aquí y adquirir cuantos datos sean necesarios sobre su familia.
Desgraciadamente, los únicos datos que se pudo obtener de aquel niño, que parecía tener tres años,

CAPITULO III.

Una revancha de Pepe el Dormilón.

Cuando Pepe el Dormilón hubo sorprendido el secreto del capitán Despierto, secreto del que se había aprovechado, ignoraba aún que D. Lucas le ocultaba á él otro; sin embargo deseando el carabinero, á consecuencia de cierto remordimiento de conciencia, cumplir con su deber, acaso por la primera vez en su vida, fué al día siguiente de la noche en que había velado á solicitar de su capitán el favor de quedarse también de guardia aquella noche.
Ya se adivina que ese permiso le obtuvo sin trabajo; pero en tanto que D. Lucas le creía dormido, según su costumbre, Pepe velaba como la noche precedente.
Sin embargo, le dejaremos en su puesto para contar lo que pasaba en la costa del pueblecito, y no lejos de la ensenada.

razón para negar á su antojo unos y creer otros; y yo soy, ante todo y sobre todo como usted me ha enseñado, partidario de la razón y á ella me atengo.

Cavila.—Pues me atengo, si señor, y le aseguro á usted que de aquí no me apea nadie. Ahora, quisiera que usted me explicase un poco más aquello de las enfermedades que se curan de repente ó poco á poco.

Prudencio.—Te dije que el milagro no consiste en curar las enfermedades, porque bien puede suceder que los adelantos de la ciencia descubran un remedio para curar una enfermedad que hasta aquí se ha creído incurable. El milagro consiste en curar una enfermedad de repente, sin remedios, ó con remedios más á propósito para agravar esa enfermedad que para curarla. De estos milagros está llena la historia de Jesucristo y de los apóstoles, y de estos hechos es de los que dice Rousseau que á quien los negase bastaría encerrarle, porque se le haría demasiado honor castigándole; pero voy á citarte solamente uno, porque con unos basta.

Cavila.—Si señor, basta.

(Se continuará.)

EL ALICANTINO.

Alicante 13 de Octubre de 1888.

LA IGLESIA Y LAS CLASES POBRES

Es indudable que la Iglesia católica, madre y maestra de las naciones cristianas, guarda en escondido y altísimo tabernáculo la medicina que cura todas las llagas y la luz que resuelve todos los problemas. Ella posee el maravilloso secreto de la cuestión social y ella solo lo posee. Ella sola tiene para los pueblos verdad y caridad, el pan de la verdad para sus necesidades espirituales y el pan de la caridad para sus necesidades físicas. Semejante al candelero de oro que con sus siete brazos iluminaba el templo de Jerusalén y lo embalsamaba con los más suaves perfumes, la Iglesia católica con sus siete obras de misericordia ha llenado de luz y embalsamado todos los caminos de nuestra peregrinación. Ella contempla desde la montaña misteriosa, donde puso Dios sus cimientos eternos, las muchedumbres fatigadas y hambrientas, y conmovido su corazón maternal, del amor que es su fondo y del sacrificio que es su obra, saca un poder maravilloso que multiplica los recursos y abarca todas las necesidades.

La primera necesidad del hombre es la verdad. Y ¿quién ha dispuesto á los pueblos este alimento de los espíritus, este manjar de las almas como la Iglesia de Jesucristo? ¿Quién enseña al que no sabe como la Maestra y nodriza de las naciones? ¿Quién ha difundido como ella las luces de la verdad y los resplandores de la ciencia? ¿Quién sacó al mundo de la noche de la barbarie y le preservó en lo pasado y le preserva ahora mismo de caer en ella? Hoy como ayer, en las grandes ciudades y en los pueblos más reducidos, en las naciones civilizadas como en los países salvajes, no cesa de oírse su voz como sonido de trompeta y se alzan

miles de cátedras para enseñar á los pueblos la ciencia divina, y de uno á otro polo multiplica los órganos de la verdad, los maestros de la sabiduría, y desde la entrada á la salida de este mundo enciende las antorchas inextinguibles destinadas á iluminar con suavísimos y apacibles resplandores los tenebrosos senderos de la humanidad. Ella organiza legiones de misioneros que marchan allende los mares, llevando en su corazón la sed del martirio y en sus labios la palabra que civiliza á pueblos salvajes sentados en las tinieblas y sombras de la barbarie. Y en medio de las naciones civilizadas, nadie sino la Iglesia sostiene en sus manos la bandera de las verdades salvadoras; ella siembra los principios de la virtud, corrige al que yerra, dá consejos saludables, refrena las pasiones, condena los vicios y hace germinar todas las virtudes.

¿Quién sabe emplear como la Iglesia industrias tan hábiles, palabras tan persuasivas, sacrificios tan heroicos para ilustrar á los pueblos, para consolar á los pobres, para curar llagas del cuerpo, para levantar el nivel de las costumbres, para regenerar la vida moral y social, degradada y envilecida por las doctrinas modernas, por este neopaganismo, por esta nueva barbarie titulada civilización, por los demoletores de la civilización cristiana, única verdadera? Y para hablar con la autoridad de los hechos más concretos, más tangibles, ¿quién enseña la verdad y la ciencia al pobre pueblo y á los hijos del pueblo? La Iglesia abría sus cátedras y daba á los jóvenes necesitados libros y matrícula, vestido y alimento, de manera que podían encumbrarse á los más altos puestos de la Iglesia y del Estado. Ahora mismo, ¿quién protege á los hijos del pueblo? ¿Quién pone á su alcance los tesoros de ciencia? ¿Quién inspirándose en la caridad, agotando sus mermados recursos, levanta al hijo del labriego y al hijo del cortesano, y cultiva sus talentos y les abre camino para un porvenir lisonjero, para llegar á sentarse por ventura con príncipes de la ciencia y ocupar un sòlo de gloria? ¿Quién hace estos sacrificios en favor de los pobres? El convento y el Seminario. Las carreras civiles son para los ricos. Las cátedras del Estado están cerradas á los pobres. La civilización moderna no tiene entrañas: La Iglesia católica ostenta en su escudo de armas dos timbres gloriosos que nadie podrá arrebatarle: la enseñanza de la verdad y la práctica de la caridad. En todos tiempos ha sido como es al presente y será en lo futuro la buena Madre de los pueblos. Los pobres, los desvalidos y menesterosos han ocupado siempre lugar de preferencia en el festín providencial de sus caridades, no sólo en orden al sustento del alma, que es la verdad, sino también en orden al pan material que es el sustento de los cuerpos.

La Historia dá testimonio de esta verdad en todas sus páginas. La Iglesia nació pobre, creció pobre, y pobre vivió más de tres siglos. El Hijo de Dios que

no tuvo mientras vivió en la tierra donde reclinó su cabeza, no legó á su Esposa en la hora de su muerte más que una Cruz y una corona de espinas. Salida apenas del Cenáculo se arman contra ella poderosos enemigos y descargan sobre su cabeza los golpes de la envidia y del encono. No tiene un momento de paz; y á medida que avanza en su marcha conquistadora, se aumentan las dificultades, se levantan contra ella poderosos enemigos, braman las pasiones, todo el mundo se conjura contra su vida y arrojada de todas partes, perseguida, atribulada, se encierra en aquellas catacumbas cuyo pavimento se componía de losas funerarias, bajo cuyas bóvedas ofrecía el incruento sacrificio y entonaba los cánticos sagrados, mientras sobre ellas se oían los pasos de los perseguidores, el ruido de las orgías y los gritos de muerte contra los cristianos, hasta que Dios, cansado de sufrir la horrible tiranía del imperio, llamó á los bárbaros del Norte y vinieron como ángeles exterminadores á cumplir los divinos decretos, derribando al coloso y aventando las cenizas del paganismo.

Los cristianos perseguidos, despojados, martirizados salieron de las catacumbas, entonando el himno sagrado de la Iglesia. Constantino vence á Magencio, abraza la fé de Jesucristo, destruye los ídolos, levanta suntuosos templos al Dios de los cristianos, proclama la soberanía social del evangelio y dejando la ciudad de los Césares para residencia de los Pontífices, se retira á Bizancio el glorioso libertador de la Iglesia. Aquí comienza la vida social de la Madre del mundo, el milagro de su fecundidad, la grandeza de su poder y la gloria de sus obras. Pero ¿qué espectáculo tan desgarrador se presenta á las miradas compasivas de esta Madre de las almas y de los pueblos! El mundo está cubierto de ruinas; un torrente de lágrimas inunda la tierra. El hambre, la peste, la miseria, la desolación, ofrecen á sus ojos un cuadro espantoso y conmovedor. La Iglesia tendió su mirada sobre el mundo y su corazón se estremeció á impulso del dolor. ¿Dónde buscar remedio para tan grandes necesidades? Cómo allegar recursos para tantos infortunios, medicina para tantas llagas, y consuelo para tantos dolores! La caridad de la Iglesia, obradora de prodigios, vendrá en auxilio de la sociedad y será remedio eficazísimo para todas sus necesidades.

La Iglesia católica que pasa por todas partes haciendo bien, sembrando beneficios, derramando consuelos, envía sus operarios, y como marchan á impulso de la caridad, arrojan en la tierra fecunda simiente, riéganla con sus lágrimas, y vuelven con regocijo cargados de provisiones. Los recursos, las riquezas, los tesoros se multiplican en sus manos como las semillas en los surcos de la tierra. Abriendo la historia, podemos contemplar un ejército de obreros evangélicos que por el espacio de muchos siglos se consagran á levantar el edificio magestuoso de la civilización; desgarrando sus

manos, ensangrentando sus pies, cultivando una tierra yerma y desolada, desmontando terrenos, haciendo que brotasen en todas partes las más ricas y variadas producciones. ¿Quién sino la Iglesia ha llevado la vida y la fecundidad á tantos terrenos estériles, convirtiendo los más áridos desiertos en risueñas y fértiles campiñas? ¿Quién sino ella echó los cimientos de la civilización y abrió las vías de los progresos que dignifican al hombre y hacen felices á los pueblos? Y obró estos prodigios rompiendo el arco, quemando los escudos, haciendo de los instrumentos bélicos aperos de labranza, convirtiendo á los soldados en obreros, comunicando á una sociedad entregada á la venganza, al incendio y al saqueo el espíritu cristiano que engendra todas las virtudes, que enciende en los corazones el amor al trabajo, el entusiasmo por las ciencias y las artes, y sobre todo la caridad que hace de todos los corazones un corazón y de todos los hombres una familia de hermanos en el seno de una misma Madre, la Santa Iglesia católica, columna y firmamento de la verdad.

Hé aquí el origen de esas inmensas riquezas, de esas grandes propiedades, de esas inagotables provisiones que Jesucristo dió á su inmaculada Esposa encargada de cumplir en el mundo la sublime misión de Madre universal y limosnera de la Providencia. ¿Qué uso ha hecho de esos bienes? ¿Cómo ha distribuido sus riquezas? ¿Cómo se empleaban? ¿Qué necesidades cubrían? La caridad obra maravillas, y el corazón de la Iglesia es la patria del amor, el foco de la caridad.

¿Quién sabe el guarismo de sus beneficios y larguezas? ¿Pueden contarse las instituciones benéficas salidas de su fecundo seno? ¿No admira y arrebatada ese número prodigioso de hospitales, asilos y refugios que abrigaban y consolaban á todas las víctimas del dolor, de la orfandad y de la pobreza? ¿Hay palabras para expresar la grandeza de tanta abnegación y la sublimidad de tantos sacrificios?

Y luego bien merecen un elogio entusiasta esos monasterios que se levantaban en el seno de los valles y en la cumbre de las montañas como faros luminosos en la noche de la barbarie, como escuela de sabiduría en las tinieblas de la ignorancia, como lugares de refugio en las tempestades sociales, como casas de caridad, asilos celestiales, benditas moradas donde el afligido hallaba consuelo, auxilio el menesteroso, aliento el desfallecido, ciencia el ignorante, sustento del alma y del cuerpo las muchedumbres necesitadas.

Cuando la Iglesia era rica, ninguno era pobre. Había pobres, pero no se conocía el pauperismo, llaga hedionda que lleva en sus entrañas la sociedad moderna. Había pobres que pedían y eran socorridos por amor de Dios; pero no turbas descreídas y audaces que piden con ojos de ira y con las manos levantadas que se les deje hacer pedazos y repartir-

La noche era tan oscura como la que acababa de trascorrir, cuando á cosa de las diez un lugre ágil y de hermosa guinda se dejó correr por los canales secretos de un laberinto de rocas. La forma del lugre, su velamen y su quilla, indicaban que era un buque de guerra, ó por lo menos uno del comercio armado en corso.

El atrevimiento con que maniobraba en medio de la oscuridad mostraba también que el que le dirigía debía tener gran conocimiento de aquella costa peligrosa, y aun grandes inteligencias en tierra firme.

El mar rompía con furor á derecha é izquierda del estrecho laberinto, por entré cuyas rocas bordeaba, á poquisima distancia, un buque con sus velas caídas. Pasado aquel canal, el lugre se encontró en una ancha bahía, en la cual más tranquilo el mar, bañaba una estensa orilla arenosa.

Al llegar allí, y hecha una maniobra que el oficial de guardia transmitió en francés, el lugre se paró con una celeridad que suponía en él una numerosa tripulación. Se echaron dos botes armados al mar, y los hombres que los montaban se dirigieron hacia la bahía, encima de la cual se podían distinguir por su blancura algunas de las casas diseminadas del pueblo.

Digamos aquí, para que no se prolongue más el misterio, que el buque era francés, mitad corsario

y mitad contrabandista, y que venía con el doble objeto de echar á tierra una parte de sus mercancías, llevándose en cambio provisiones de boca que empezaban á faltarle.

El capitán había juzgado oportuno, guiado por un pescador del puerto, en connivencia con el capitán Despierto, el entrar en el estrecho canal para ponerse al abrigo durante el momento en que privado de cierto número de sus marineros, hubiera podido tener en alta mar algún mal encuentro.

El oficial de guardia se paseaba silenciosamente sobre el puente, escuchando el ruido de las olas al herir los flancos del buque; y examinaba con cuidado el viento que hinchaba las velas, dispuestas en sentido contrario, examinando también lo que pasaba á su alrededor.

Una hora pasó de esta manera, cuando en todos los puntos de la costa estalló un vivo fuego de fusilería, y poco tiempo después las dos barcas llegaron al lado del lugre.

Era Pepe quien, con gran disgusto del capitán, había dado la alarma á los marineros; pero demasiado tarde, porque las barcas venían cargadas de corderos y de viveres de toda especie. El último de los hombres que subieron sobre el puente, antes de que se izaran los botes al costado, era un marinero de talla gigantesca, que tenía en sus brazos á un niño inmóvil, y á quien se hubiera creído

dad. Después de haberle abrazado tiernamente, le subió arriba en sus brazos, y allí, en lo más fuerte de la acción, en medio del tumulto, de la sangre que corría por todas partes, de los gritos de los combatientes, en medio de los mástiles que caían, quiso para todo evento grabar en su memoria las circunstancias de una separación que estaba temiendo.

En semejante momento, que debe dejar aun en un niño un recuerdo que nunca se borre, le dijo cubriéndole con su cuerpo:

—Arrodíllate, hijo mio.

El niño se arrodilló temblando.

—Ya ves lo que pasa, continuó el canadiés con voz solemne.

—Tengo miedo, murmuró Fabian, de la sangre que veo y del ruido que oigo; y se ocultaba en los brazos del coloso.

—Tranquilízate, repuso el marinero. Pues bien no olvides nunca que en este momento, un marinero, un hombre que te amaba como á su propia vida te ha hecho poner de rodillas para decirte: "póstrate, hijo mio, y ora por tu madre..."

No acabó Una bala llegó á herirle, y su sangre corrió sobre Fabian, que dió gritos desgarradores. El canadiés solo tuvo tiempo de estrecharle sobre su corazón con un abrazo desesperado, y de acabar, pero en voz tan baja que apenas la oyó el niño, la

SECCIÓN DE ANUNCIOS.

LIBROS DE 1.ª Y 2.ª ENSEÑANZA

ANTIGUA LIBRERIA

DE

IBARRA

PEDRO P. MARTINEZ,

MAYOR, 30 Y 32,

ALICANTE.

OBJETOS DE ESCRITORIO Y PA. DIBUJO

En este antiguo y acreditado establecimiento, se han recibido todos los libros de texto para el curso de 1833-39, tanto para los estudios generales, como para los de comercio y náutica.

Además de los indicados libros, se facilitan también los que se necesiten para carreras especiales y cuando se deseen adquirir de España y del Extranjero, todos á precios sumamente módicos.

No ha escaseado el dueño de la referida librería, en adquirir grandes partidas de objetos para dibujo á fin de expendierlos tan baratos, que puedan adquirirlos los alumnos de más modesta posición.

MAYOR, 30 Y 32

ANTIGUA LIBRERIA DE IBARRA

COLEGIO LUCENTINO

DE

SAN LUIS GONZAGA

DIRIGIDO POR

DON COSME JAVALOYES PASCUAL, Pbro.

ÁNGELES, 4.—ALICANTE.

Este Colegio cuenta con el suficiente número de profesores, para que la enseñanza esté á la altura que la actual sociedad exige.

Con la debida separación é independencias tiene establecidas:

Escuelas de instrucción primaria en sus tres grados, párvulos, elemental y superior.

Cátedras de segunda enseñanza en toda su extensión hasta obtener el grado de Bachiller.

Clases de adorno: gimnasia, música, caligrafía y dibujo.

Para más detalles, pidanse reglamentos á D. Bernardo Perez, Administrador del Establecimiento.

PIANOS

ARMONIUMS, INSTRUMENTAL.

Piano, manubrios y Música de todas clases.

ANTONIO FALCÓ

11, CONSTITUCION, 11



Compañía de Navegacion.

Líneas directas de vapores entre Cette y Alicante y entre Bordeaux y Alicante de

AUGUSTE VINIES, RESTE y COMPAÑÍA.

Agente en Alicante. FRANCISCO M. LAGUILLON.

COLEGIO DE LA INMACULADA CONCEPCION

NOVELDA

DIRIGIDO POR

D. Luis Calpena Avila, Pbro.

D. Manuel Sirera Pomares, Licenciado en Ciencias.

Creado este Establecimiento el año anterior, bajo muy modesta aspiración, cuenta hoy ya con edificio propio, levantado de plantas en el nuevo barrio de Medina-Sidonia, plaza de Fernandina.

Se admiten alumnos internos, medio pensionistas, permanentes y externos.

RAMOS DE ENSEÑANZA

Instrucción primaria en sus tres grados, superior, elemental ínfima.

Segunda enseñanza hasta obtener el Grado de Bachiller.

Estudios de aplicación al Comercio y preparatorios para Carreras especiales del Estado, civiles y militares.

Para más pormenores dirigirse al Director D. Luis Calpena y Avila, Presbítero, quien facilitará los prospectos reglamentos y demás datos que se soliciten.

DENTICINA INFALIBLE

DEL

PALACIO-LABORATORIO DE P. F. IZQUIERDO

Fremiado con medalla de oro y plata

Este medicamento es el gran suceso de la infabilidad específica, y le encontráis en cuatro mil farmacias de España á 3 Pesetas caja, y el único autor Fernandez Izquierdo le remite por correo por 14 reales.

Ni un solo niño muere de la dentición si se usa oportunamente y los salva en la agonía, los deucanija, los robustece, les quita la alterecia, los accidentes de la dentición penosa, la diarrea que les aniquila, las pupas de la boca, los peligros que se multiplican y reaparece la baba, cesan las convulsiones y no hay madre que desconozca el gran valor de este medicamento que no tiene rival ni sustituto. Lleva el retrato y firma del autor, y al por mayor plaza de la Villa, 4, y al por menor Sacramento, 2, Madrid.—Alicante, Soler y todas las principales boticas.

CALENTURAS.

Cuartanas, tercianas y cotidianas, toda clase de fiebres alúdicas ó intermitentes, se curan infaliblemente con las pildoras febrífugas infalibles de Fernandez, Caja de 40 pildoras para las benignas, 12 rs. y de 81 para las rebeldes, 24 rs., y por 2 reales más se remiten por el correo. Se hacen por fanegas, se venden por millones de caja, y las imitaciones no han podido mermar la inmensa clientela. Expendedor y laborador por mayor, Pablo Fernandez, Madrid, plaza de la Villa 4, y Sacramento, 2, y las principales boticas de España, Alicante, Soler y todas las principales boticas.

ROQUEFORT SURCHOIX

ó sea clase extra, el primero de la nueva campaña, se acaba de recibir en la antigua y acreditadísima casa de Serafin Sanchez, "Los Choriceros Extremeños", Princesa, 19 y Teléfono, 129, que recomendamos á los buenos gastrónomos.

LOS CHORICEROS

Calle de la Princesa n.º 19

COLEGIO DE SEÑORITAS

DE

SANTA TERESA DE JESÚS.

En este acreditado Establecimiento, que cuenta algunos años de existencia, con satisfacción de las madres de familia, por la esmerada enseñanza y sanas doctrinas que dan á sus hijas, se abrirá una clase especial desde 1.º de Octubre próximo para la enseñanza de flores artificiales, de diez á once de la mañana, y clase de bordado decorativo de tres á cuatro de la tarde.

Lonja de Caballeros, 5, principal

DOÑA DOLORES SOLER DE GIL

Maestra de 1.ª enseñanza superior, ofrece al público su casa-colegio en el Pasaje de Amérgo número 2 entresuelo, con el fin de que las señoritas puedan aprender toda clase de labores propias del sexo, y además las que se insertan á continuación.

Bordado artístico.—Idem en oro, seda, lana, litografía, etc. etc.—Flores y frutas artificiales.—Preparación, clase repaso de las asignaturas para la carrera de maestra superior.

CARBÓN ARTIFICIAL

CALLE DE SAN ROQUE NUM. 5.

Este nuevo combustible, sumamente económico es el que más ventajas presenta para el servicio de las cocinas por estar exento de chispas y ser el que mayor cantidad de calorífico irradia entre los combustibles conocidos.

Se vende el quintal de 50 kilogramos á 5'50 pesetas.

Un kilogramo 0 11 id.

También tenemos carbón vegetal de superior calidad que vendemos al mismo precio que el anterior.

Para el mejor servicio del público un carrito se encargará de satisfacer los pedidos á domicilio.

ANDRES EL PESCADOR

Esta obrita, que se acaba de publicar como folletín en El ALICANTINO y que nuestros lectores han leído con tanto gusto, ha tenido el honor que alcanzan pocos libros en nuestros días, cual es, el haber sido entusiastamente elogiada por la prensa periódica de todos los colores políticos, á pesar del criterio altamente católico con que está escrita, además de haber merecido una muy favorable censura eclesiástica y notables testimonios de aprecio de personas muy ilustradas.

Un tomito en 8.º con elegante impresión y excelente papel 4 reales.—Dirigirse á D. Manuel Galbis Pbro. Sacristan de la Colegial.

JOSÉ MAESTRE

ALMACEN DE MUSICA Y PIANOS

(Sin competencia)

Pianos de alquiler, pianos en alquiler con derecho á la propiedad.

Afinaciones y reparaciones en pianos. Gran repertorio de música de todas clases.

Pianos de Bernareggi, modelo núm. 1, á 3 400 rs.

Pianos Boisselot é fils, de Marsella, modelo núm. 3, gran forma á 4.400 rs.

Pianos Pleyel de Paris á 5.200 rs. Pianos Pleyel de cola cruzados para Sociedades ó Casinos á 8.500 rs.

Todos los pianos vendidos por esta casa se garantizan por tres años y va acompañado cada uno por su certificado de fábrica.

Plaza de Alfonso XII, núm. 14.

LIBRERIA DE LA INMACULADA CONCEPCION

DE

BARCELONA,

CORRESPONSAL EN ORIHUELA

LUIS CASTANOS,

Calle de Calderón de la Barca, número 1

Misales, Breviarios, Diurnos, Rituales y cuadernos de Difuntos, encuadrados en lujo y sencillos, á precios sumamente módicos.

Oficios, Oficios Votivos y obras para Semitarios.

Se encargan todas las obras católicas que se deseen.

Igualmente se encargan toda clase de Imágenes de talla y cartón-madera de los principales talleres de escultura de Barcelona.

LUIS CASTANOS

CALDERON DE LA BARCA, NÚM. 1, ORIHUELA.

FÁBRICA DE ESPEJOS

DE

JOSE REUS Y ROMAN

Pórtico Ansaldo, 4,

ALICANTE

En este antiguo y acreditado establecimiento encontrarán los señores Curas y Presbíteros, una magnífica colección en Sacras, estampas religiosas, estampitas de Comunión para Cofradías de todas clases etc.

Además se doran ó platean cuantos objetos se deseen para Iglesia y se construyen altares de talla.

NOTA.—Siendo un trabajo de consideración, se darán plazos para el pago, cuya única casa en la provincia, puede competir con los primeros establecimientos de su clase y con ventajosas condiciones.

Pianos escogidos de las mejores y más acreditadas Fábricas.—Se garantiza la legitimidad de las marcas de Fábrica, y todo defecto de construcción, por cuatro años. Ventas, cambios y reparaciones en toda clase de instrumentos.

FERNANDEZ Y MARCO
ALMACEN DE MUSICA Y PIANOS

Calle Mayor, número 38